

EJERCICIOS ESPIRITUALES – INSTITUTO MATER DEI

Cotignac (Francia), 27 de agosto – 5 de septiembre de 2020

14ª MEDITACIÓN: *ENCUENTRO CON EL RESUCITADO (LAS LÁGRIMAS COMO HERENCIA)*

Jueves, 3 de septiembre (p.m.)

Preámbulo:

1. Las lágrimas y el sentido de la historia: Ap 5, 1-11

Vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso que pregonaba en alta voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?». Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni mirarlo. Yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro y de mirarlo. Pero uno de los ancianos me dijo: «Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos». Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo: «Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes, y reinarán sobre la tierra».

2. El bien de las lágrimas

- Las lágrimas sirven para lavar los pecados cometidos:

Sirve a Dios con lágrimas, para que puedas lavar los pecados cometidos. Sé que hay muchos que se burlan de nosotros, diciendo: “¡Siempre, lágrimas!”. ¡Por eso es tiempo de lágrimas! ... Por tanto, lloremos, amados, lloremos para alegrarnos realmente y gozar en el tiempo de la alegría clara como el sol [SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. Hb. XV, 4, 8-9* (BPa 75, 304-305)].

- Las lágrimas en quien ya ha sido perdonado producen mucho consuelo:

Recibimos el bautismo y huyeron de nosotros las inquietudes de la vida pasada. En aquellos días no me cansaba de considerar, embargado de una asombrosa dulzura, tus profundos designios sobre la salvación del género humano. ¡Cuántas lágrimas derramé escuchando los himnos y cánticos que dulcemente resonaban en tu Iglesia! Me

producían una honda emoción. Aquellas voces penetraban en mis oídos y tu verdad iba destilándose en mi corazón. Fomentaban los sentimientos de piedad, y las lágrimas que derramaba me sentaban bien (SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Conf.* IX, 6, 14 (BPa 60, 300)).

- Las lágrimas nos hacen misericordiosos:

“Aprenda vuestra señoría a ser mendigo delante del Señor y a importunarle mucho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y, si verdaderamente se supiere llorar a sí y a ellas, el Señor, que es piadoso –*No llores* (Lc 7, 13)-, le resucitará su hijo muerto, porque, como a Cristo costaron sangre las almas, han de costar al prelado lágrimas” (*Carta 177*, Obras Completas IV, 589).

«No puedes ser padre si no lloras. Yo quiero ser padre misericordioso» [SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. Hb.* XXIII, 4, 5 (BPa 75, 402)].

1. Jesús ante las lágrimas

- Jesús lloró:

> Sobre Jerusalén (cf. Lc 19, 41):

- En primer lugar, Jesús llora para desvelar el sentido de la bienaventuranza que Él mismo había proclamado: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt 5, 5; Lc 6, 21):

Cuando nuestro Señor y Salvador se acercó a Jerusalén, al verla, lloró... Todas las bienaventuranzas de las que Jesús habla en el evangelio son confirmadas mediante su ejemplo y Él justifica su enseñanza con su propio testimonio... Conforme a lo que había dicho: *Bienaventurados los que lloran* (Lc 6, 21), Jesús llora para poner así el fundamento de esta bienaventuranza. Lloro por Jerusalén *porque no reconociste el tiempo de tu visita* (Lc 19, 44) [ORÍGENES, *In Lc.* 38, 1-2 (SCh 87, 442-444)].

- Jesús llora porque en Jerusalén ve el horror del pecado. Comenta a este propósito san Gregorio Magno:

Que el Señor, llorando, describe la ruina de Jerusalén, llevada a cabo por los emperadores romanos Vespasiano y Tito, no lo ignoran quienes hayan leído la historia de la destrucción de la misma... Y a quien se atribuye la culpa del castigo de su destrucción, se añade: *Porque no reconociste el tiempo de tu visita* (Lc 19, 44). En efecto, el Creador de los hombres se dignó visitarla por el misterio de su encarnación, pero ella no se acordó del temor ni del amor que se le debía [SAN GREGORIO MAGNO, *Hm. Ev.* II, 39, 1 (BAC 170, 761)].

- En tercer lugar, Jesús llora por los que no lloran. El Redentor carga sobre sí el pecado de los hombres y anticipa el llanto que afligirá al pueblo elegido. De nuevo, san Gregorio comenta:

El Redentor fue el primero en llorar la ruina de la ciudad, cosa que la misma ciudad no sabía que había de suceder, y a la cual dice el Señor llorando: *¡Si reconocieras tú también!* (Lc 19, 41); se sobreentiende: llorarías tú, que ahora saltas en gozo, porque no sabes lo que te amenaza [SAN GREGORIO MAGNO, *Hm. Ev.* II, 39, 1 (BAC 170, 761)].

> Ante Lázaro muerto (cf. Jn 11, 35):

- Jesús llora con los que lloran:

Dios lloraba conmovido por las lágrimas de los hombres, y aunque estaba a punto de librar a Lázaro de las ataduras de la muerte con su poder, prestaba un ministerio piadoso con el consuelo de las lágrimas. Dios lloraba, no porque supiese que Lázaro había muerto antes que Él, sino para consolar a las afligidas hermanas. Dios lloraba para que los hombres hicieran en favor de los hombres lo que Dios enseñaba con las lágrimas y la piedad. Dios lloraba, porque la naturaleza humana había caído hasta tal punto que había despreciado la eternidad y había llegado a amar el mundo más bajo. Dios lloraba, porque a los que podrían haber sido inmortales, el diablo los había hecho mortales. Dios lloraba, porque a los que les había regalado todo y había colocado bajo su poder, a los que había colocado en el paraíso con flores y lirios y sin trabajo alguno, el diablo les había exiliado de todo eso enseñándoles a pecar. Dios lloraba, porque a los que había hecho inocentes, el diablo había conseguido con su maldad que se encontraran culpables [POTAMIO DE LISBOA, *Sobre Lázaro* (CCL 69A, 173)].

- Jesús con su llanto nos enseña a llorar:

«¿Por qué lloró Cristo, sino para enseñar al hombre a llorar?» [SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *In Iohan.* 49, 19 (CCL 34, 430; BAC 165, 190). En términos parecidos se había expresado dos siglos antes san Hipólito de Roma: «¿Qué necesidad tenía de llorar por aquel que estaba a punto de resucitar? Sin embargo, *se echó a llorar* (Jn 11, 35) para darnos ejemplo de sufrimiento y de que era un hombre de nuestra condición. Jesús se echó a llorar para enseñarnos, con obras mejor que con palabras, a llorar con los que lloran (cf. Rm 12, 15)» [SAN HIPÓLITO, *In ev. Iohan. et ress. Laz.* (GCS 1/2, 224)].

- Jesús se detiene siempre ante quien llora:

i) Jesús proclama bienaventurados a los que lloran (cf. Mt 5, 5; Lc 6, 21);

ii) Jesús se compadece la viuda de Naín (cf. Lc 7, 13) y del jefe de la sinagoga (cf. Mt 5, 38-39; Lc 8, 52), que lloran a sus hijos muertos;

iii) Jesús recoge las lágrimas de arrepentimiento de la mujer pecadora (cf. Lc 7, 38) y de Pedro, que acaba de negarle (cf. Mt 26, 75; Mc 14, 72; Lc 22, 6); y,

iv) Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén camino del calvario (cf. Lc 23, 28).

- La redención, “a gritos y con lágrimas”:

Precisamente esto hay que decirlo, con el siguiente texto realmente estimulante: *Ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas* (Hb 5, 7). No se trata sólo de una alusión a la hora de la angustia en el Monte de los Olivos, sino que es un resumen de toda la historia de la pasión, que abarca toda la vida de Jesús. Lágrimas: Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, estaba realmente conmovido en su interior por el misterio de la muerte, por el terror de la muerte. Hay personas que pierden a su hermano, como en este caso, a su madre, a su hijo, a un amigo: todo el horror de la muerte, que destruye el amor, que destruye las relaciones, que es un signo de nuestra finitud, de nuestra pobreza. Jesús pasa por la prueba y se confronta hasta lo más íntimo de su alma con este misterio, con esta tristeza que es la muerte, y llora. Lloro ante Jerusalén, viendo la destrucción de la hermosa ciudad a causa de la desobediencia; llora viendo todas las destrucciones de la historia en el mundo; llora viendo como los hombres se destruyen a sí mismos y sus ciudades con la violencia, con la desobediencia.

Jesús llora, con fuertes gritos. Sabemos por los Evangelios que Jesús gritó desde la cruz; gritó: *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mc 15, 34; cf. Mt 27, 46), y gritó otra vez al final. Y este grito responde a una dimensión fundamental de los Salmos: en los momentos terribles de la vida humana, muchos Salmos son un grito fuerte a Dios: *¡Ayúdanos, escúchanos!*. Precisamente hoy, en el Breviario, acabamos de rezar en este sentido: *¿Dónde estás Dios? Nos entregas como ovejas a la matanza* (Sal 44, 12). Un grito de la humanidad que sufre. Y Jesús, que es el verdadero sujeto de los Salmos, lleva realmente este grito de la humanidad a Dios, a los oídos de Dios: *¡Ayúdanos y escúchanos!* Él transforma todo el sufrimiento humano, tomándolo sobre sí mismo, en un grito a los oídos de Dios.

Y así vemos que precisamente de este modo realiza el sacerdocio, la función de mediador, llevando en sí mismo, asumiendo en sí mismo el sufrimiento —la pasión— del mundo, transformándolo en grito hacia Dios, llevándolo ante los ojos de Dios y poniéndolo en sus manos, llevándolo así realmente al momento de la Redención.

En realidad, la carta a los Hebreos dice que *ofreció ruegos y súplicas, gritos y lágrimas* (5, 7). Es una traducción correcta del verbo *prospHEREIN*, que es una palabra cultual y expresa el acto de la ofrenda de los dones humanos a Dios, expresa precisamente el acto del ofertorio, del sacrificio. Así, con este término cultual aplicado a los ruegos y las lágrimas de Cristo, demuestra que las lágrimas de Cristo, la angustia del Monte de los Olivos, el grito de la cruz, todo su sufrimiento no son algo añadido a su gran misión. Precisamente de este modo él ofrece el sacrificio, actúa como sacerdote. La carta a los Hebreos con este *ofreció —prospHEREIN—* nos dice: esta es la realización de su sacerdocio, así lleva a la humanidad a Dios, así se hace mediador, así se hace sacerdote.

Decimos, con razón, que Jesús no ofreció algo a Dios, sino que se ofreció a sí mismo y esta ofrenda de sí mismo se realiza precisamente en esta compasión, que transforma en oración y en grito al Padre el sufrimiento del mundo. En este sentido, tampoco nuestro sacerdocio se limita al acto cultual de la santa misa, en el cual todo se pone en manos de Cristo, sino que toda nuestra compasión hacia el sufrimiento de este mundo tan alejado de Dios, es acto sacerdotal, es *prospHEREIN*, es ofrecer. En este sentido, creo que debemos comprender y aprender a aceptar más profundamente los sufrimientos de la vida pastoral, porque precisamente esto es acción sacerdotal, es mediación, es entrar en

el misterio de Cristo, es comunicación con el misterio de Cristo, muy real y esencial, existencial y también sacramental (BENEDICTO XVI, *Encuentro con párrocos de Roma* (18.2.2010)).

2. Los tipos de lágrimas: estadios de la vida espiritual

- Santa Catalina de Siena, en su famosa obra *El Dialogo*, tiene un precioso capítulo sobre las diferentes clases de lágrimas, su valor y fruto. Esta Doctora de la Iglesia distingue hasta cinco clases de lágrimas:

1- Lágrimas malas, que engendran muerte. Son las que proceden del pecado y llevan al pecado: lágrimas de odio, de envidia o desesperación, proceden de un corazón desordenado y apartado de Dios.

2- Lágrimas de temor por los propios pecados. Son las de los que se levantan del pecado por temor al castigo: el temor les hace llorar. Su motivación no es perfecta, pues no hay necesariamente arrepentimiento.

3- Lágrimas de los que, lejos del pecado, empiezan a querer servir a Dios; pero, privados de los consuelos visibles, lloran por verse con tanta incapacidad y tribulaciones.

4- Lágrimas de los que aman con perfección a Dios y al prójimo, doliéndose de las ofensas que se le hacen a Dios y compadeciéndose del daño del prójimo, en completo olvido de si mismos.

5- Lágrimas de dulzura, derramadas con gran suavidad por la unión íntima del alma con Dios. Son lágrimas de puro amor que derraman los santos en las mas altas cumbres de perfección cristiana.

Conclusión

Las lágrimas como herencia:

Me recogeré todo en Dios. Ya no me afectarán las lenguas humanas más que ráfagas de viento. Estoy cansado de las voces del que me denigra o del que me enaltece más de lo debido. Busco la soledad, un lugar inaccesible al mal, donde con una mente unificada busque a mi Dios y aliviar mi senectud con la dulce esperanza del cielo. ¿Qué le dejaré a la Iglesia? ¡Le dejaré mis lágrimas! Dirijo mis pensamientos a la morada que no conoce el ocaso, a mi amada Trinidad, única luz, de la cual la sola sombra oscura ahora me conmueve (San Gregorio Nacianceno, *Poemata de se ipso*, XI: PG 37, 1154-1155).